

niéndola y procurando evitar que se viesen; mas esto no fué posible: ambos se habian oido; sus corazones latian acordes, y al escuchar uno y otro la confesion de su amor, no podia haber humana consideracion que los detuviese.

Guillermina saltó del divan, describió las cortinas de la alcoba que la ocultaban á la vista del conde, y dijo:

—Señor conde: le agradeceré la repeticion de sus últimas palabras, que á causa de mi letargo no he podido escuchar bien.

—¿Estaba V. ahí?... murmuró el enfermo, dejando brillar en sus ojos un fugitivo rayo de alegria.

Ildemaro, creyendo que su padre iba á sufrir un nuevo acceso, quiso oponerse y se adelantó hácia Guillermina, diciendo:

—Señora: ya que no pueda V. corresponder al ardiente amor que mi padre la profesa, tenga siquiera la bondad de no atormentarle con sus desprecios, ni con su presencia.

—¡Su amor!.... ¡dice V. su amor!.... ¿luego me ama?... ¡su corazon es mio!.... balbuceó trémula de emocion y adelantando hasta colocarse en la cabecera de la cama.

—¡Demasiado, por su desgracia!.... murmuró Ildemaro.

El conde la contemplaba absorto. La emocion que se pintaba en el rostro de la jóven, la espresion de sus ojos le declaraban un amor oculto en el fondo del alma.

—¡Será esto un sueño, Dios mio! exclamó Guillermina; luego, dirigiéndose al conde, le dijo con un acento de infinita pasion:

—Por piedad, sáqueme V. de una duda, causa de todos mis tormentos: ¿no ama V. á Zoa?

—A Zoa, no por cierto; ¡mi corazon solo ha latido por V.!...

—¡Oh! ¡gracias! ¡gracias! esas palabras me hacen mucho bien.

—Y si V. no me corresponde, por amar á Senen, ¿qué le importa que mi corazon se incline á una ú á otra persona?

—¿Yo á Senen? ¡está V. loco!

—No, señora; loco de amor, puede ser; porque los desdenes de V. y los celos empezaban á trastornarme.

Desde el principio de esta escena, que el doctor no pudo evitar, se retiró éste al estremo de la estancia, y hundiéndose en una bu-

taca, escondió la cabeza entre las manos escuchando con creciente cólera la conversacion de los dos amantes.

Ildemaro, á los piés de la cama, los miraba con asombro, sin pensar siquiera en interrumpirlos.

—¡Y yo que me creí olvidada! ¡desdeñada por V.!....

—¡Funesto error!.... cuando mi amor por V. es inmenso, infinito.

—Esto ha sido una mala inteligencia.....

—Ocasionada por unos celos infundados, ¿no es verdad? murmuró el conde apoderándose de una mano de Guillermina, que ella le abandonó sin resistencia.

—Cierto; confieso mi debilidad: tengo celos de Zoa por el presente; de Cristina por el pasado.

—Y yo los tengo de igual modo de Lúcas de Mendoza y de Senen, exclamó el conde, no pudiendo prever que aquel nombre haría un efecto fatal en la jóven.

—¡Calle V. por Dios! murmuró rompiendo á llorar con descon-suelo; ese hombre, que ha sido el verdugo de mi dicha, que ha causado la infelicidad de mi vida entera, tiene que cumplir su atormentadora mision sobre la tierra.

El doctor se estremeció en su asiento. La jóven continuó:

—Ahora que se ha descorrido el velo que nos impedia conocer el estado de nuestros corazones, ahora que, libres de la valla que nos separaba, pudiéramos sentir con nuestro amor una envidiable ventura, nos queda su recuerdo, la incertidumbre de su muerte, y con ella nos falta la prueba de mi libertad para arrojarme en sus brazos como esposa.

El doctor hubiera con una palabra podido desvanecer aquella duda, haciéndolos felices ó desgraciados; pero se calló; lo único que pudo hacer en el colmo del mal humor que su crítica situacion le inspiraba, fué levantarse y salir al jardín, donde se puso á dar largos paseos.

Entre tanto el conde, que á medida que fué hablando con Guillermina, sintió su cabeza mas despejada, su pecho mas libre de la opresion molesta que le ahogaba, hizo un esfuerzo, y abando-

nando el lecho, fué á sentarse cerca de la ventana. Guillermina ocupó un sitio á su lado. Ildemaro le pidió permiso para ir á noticiar á las niñas el feliz restablecimiento de ambos, el cual le fué inmediatamente concedido.

Quedaron solos en la estancia; por la abierta ventana que comunicaba con el jardin penetraban con un aura tibia y refrigerante los balsámicos aromas de las flores, sintiéndose el eco de las fuentes que gemian, el trinar de las avecillas y el confuso ruido de la general algazara de los nuevos habitantes de la colonia, que manifestaban su gratitud y su entusiasmo con músicas, cánticos y gritos de júbilo, exhalados en ardientes vítores á la condesa Blanca.

Ildemaro corrió al encuentro de las niñas, que le preguntaron con ansiedad:

—¿Cómo siguen? ¿han vuelto de su desmayo?

—Sí; están mejor; creo que el ángel de la felicidad cierne al fin sus alas sobre sus cabezas.

—¿Qué ha sucedido? cuéntanos, Ildemaro, dijo Senen con suplicante acento.

—Entre ellos debia mediar un misterio; lo he conocido y me lo prueba el afan del doctor por hacernos salir de allí, repuso Zoa sin disimular el profundo disgusto que sentia.

—Es verdad, no se ha engañado V., replicó Ildemaro; entre mi padre y la señora de Mendoza mediaba un secreto de amor: se amaban, teniéndolos en la ignorancia de este amor una mala inteligencia que felizmente han visto desvanecida.

—¿De modo que ahora, sin sombra alguna, disfrutarán ampliamente la dicha de amarse? interrogó Senen.

—Tal creo; por lo menos ha quedado su horizonte sin nubes.... pero este jardin es muy bello; paseemos, exclamó Ildemaro cortando la conversacion porque conoció en el fruncimiento de cejas de Senen y en el disgusto de Zoa, que aquel acuerdo les disgustaba.

Sin contestar una palabra y con visible distraccion, Zoa y Senen, cogidos del brazo, echaron á andar siguiendo una calle de rosales; Ildemaro y Renata tomaron una de acacias, que se prolongaba hasta el pabellon.

—¡Te has quedado triste, Senen! le dijo Zoa. ¿Qué tienes?...

—Y tú también, hermana mía; ¿qué te pasa?

—Si te he de decir la verdad: no lo sé.

—Ni yo tampoco, contestó Senen mas preocupado.

—Siento una cosa bien extraña, que á otro que no fueras tú, no me atreveria á decírselo, porque me juzgaria quizá mal intencionada, envidiosa, de ruin corazon..... vamos, cualquier cosa: tendria derecho para creer de mí lo que quisiera, y con razon; pues mis pensamientos son malos, lo conozco; me avergüenzo de confesarlo, y no lo puedo remediar.

—Pero en fin: sepamos qué piensas.

—Contéstame antes á una pregunta.

—Concedido; dimela.

—¿No es verdad que debemos á la tia una gratitud profunda, un amor sin límites, y que debemos, no solo sacrificarnos en obsequio suyo si fuere preciso, sino alegrarnos y aplaudir todo cuanto contribuya á su dicha?

—Justamente; los beneficios que de su mano hemos recibido, nos obligan á ello.

—Pues bien, yo soy ingrata; yo no merezco su proteccion, ni su cariño; no merezco que me ameis ninguno.

Diciendo esto, la pobre niña dejaba correr gruesas lágrimas á lo largo de sus mejillas.

—¿Y por qué, Zoa? espícate.

—Muy sencillo: ¿no lo has visto en mi rostro? yo no sé disimular mis impresiones; y al escuchar de boca de Ildemaro que el conde y la tia se aman y son felices, he sentido un disgusto profundo, una contrariedad manifiesta, que casi me ha hecho llorar; ya ves, esto no es generoso ni digno.....

—No será generoso ni digno, pero es verdadero; son sentimientos espontáneos que brotan del corazon y tienen su raiz en el alma; á mí me ha sucedido lo propio, y tampoco lo confesaria á otra persona que no lo sintiera como tú.

—¿También á tí te pasa igual? Entonces me alegro; ya no soy

yo sola ingrata; porque, francamente, esto es una ingratitud, cuya causa ignoro.

—¿Quieres saberla?

—Lo deseo.

—¡Consiste en que tú amas al conde y yo amo á Guillermina!...

—¡Tú estás loco!.... ¡eso no es posible!.... exclamó vivamente la jóven rechazando aquella idea; pero sintiendo al mismo tiempo un agudo dolor en el corazon; tanto, que la obligó á ponerse la mano para contener sus agitadas palpitaciones.

—¡Ah! ¡pobre inocente!.... Creeme: ¡amas al conde!.... ¡tú no sabes aun darte cuenta de las impresiones de tu alma, sin embargo de que obras impulsada por ellas.

Zoa quedó pensativa. Senen prosiguió:

—Cuando ves al conde, ¿no sientes alegría y pesar cuando se aleja?

—Sí, sí, un pesar inmenso se apodera de mi ánimo cuando me dice «adios,» repitió con viveza la niña.

—Pues bien: eso es amor; y cuando fija en tí los ojos con lánguida mirada, ó estrecha tu mano, ¿no se conmueven las fibras todas de tu corazon?

—Sí, sí; me siento trémula, agitada....

—Abí tienes el amor.

—¡Ay, hermano mio!.... ¡me has hecho mucho daño al hacerme conocer el estado de mi alma!....

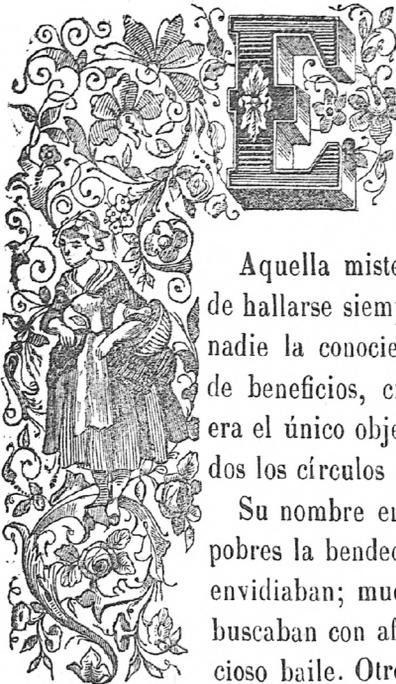
—Lo sé; pero mi deber me ordenaba hacerlo así; es preciso que lo conozcas y que te armes de fortaleza para sufrir, como me armo yo; porque los dos amamos un imposible; la tia y el conde se unirán en santo lazo, y á nosotros solo nos quedará el eterno dolor de un amor sin esperanza.

Senen sufría horriblemente, y no pudo proseguir; cayó sobre un banco de césped; su hermana se sentó á su lado; ambos lloraban.

¡Era su primer amor!.... era la primera ilusion de su vida, ilusion desvanecida que arrastraba el huracan como las secas hojas en la otoñal estacion.

CAPÍTULO III.

Declaracion de amor.



El mundo elegante se agitaba á la idea de un baile de trages dado por Blanca la Estranjera en su magnífico palacio de la colonia de Santa Clara.

Aquella misteriosa dama que, sin embargo de hallarse siempre en sus habitaciones, sin que nadie la conociese, habia conseguido, á fuerza de beneficios, crearse un renombre universal, era el único objeto de las conversaciones en todos los círculos de Madrid.

Su nombre era repetido de boca en boca; los pobres la bendecian, la ensalzaban; los ricos la envidiaban; muchos, pretendiendo su amistad, buscaban con afan invitaciones para aquel delicioso baile. Otros, dejándose llevar de su celosa emulacion, lanzaban contra ella envenenados sarcasmos, propalando calumnias y absurdos rumores con la idea de desconceptuarla en la opinion pública; siendo sin embargo los primeros en procurarse invitaciones.

A pesar de todo, el ansia general, el unánime deseo era conocer á la opulenta dama que se producía con la magnificencia de un rey, derramando á manos llenas inmensos tesoros y escondiendo siempre la faz bajo el velo de un impenetrable misterio.

En la mañana del mismo día en que debía celebrarse la fiesta, estaba la marquesa de Blancarosa sola en su gabinete, sin vestir aun y con un humor de todos los diablos. De repente agitó un timbre con mano trémula.

Martinica se presentó.

—¿Ha llamado V. E.? dijo respetuosamente.

—Si; mira si mi hijo está en su cuarto y dile que venga.

Instantes despues entraba Clodomiro diciendo:

—¿Me has llamado, mamá? ¿qué te ocurre?...

—Deseo verte; andas tan distraido, que no te acuerdas de tu pobre madre, y de algun tiempo á esta parte ni aun te dignas acompañarnos á la mesa.

—Tengo diferentes horas, y generalmente como con un amigo; pero sin embargo, he venido á verte algunas veces y siempre me dicen que estás de mal humor, y no quieres recibir; con papá me sucede lo propio; de modo que lo mismo Cristina que yo hemos tomado el partido de dejaros en paz, hasta que pase este chubasco, porque supongo será una nube de verano, ¿no es verdad, señora marquesa?

La marquesa no pudo menos de sonreír al escuchar las palabras de su hijo.

—No te rías, mamá: digo la verdad, continuó él; y sino, confiesa que tenemos mucha penetracion.

—¿Y por qué?

—Muy sencillo: por haber comprendido que papá y tú estais reñidos; ¿me engaño?

—No por cierto: hace dias que permanece en su cuarto, y yo en el mio, y ni nos vemos ni nos oimos; esto, no hay duda, tiene que estallar; es una tempestad sorda que viene hace tiempo formándose en nuestro ánimo.

—¿Y se puede saber por qué son estas disensiones?

- Lo sabrás en su día; hoy te llamo para otro asunto.
- Me parece que tiene su origen en la escena aquella del pintorcillo, cuando le sorprendiste con mi hermana.
- Desde entonces data nuestra discordia.
- ¡Oh! ¡si alguna vez llego á encontrarle!.... murmuró en ademán amenazador Clodomiro.
- No le dirás nada: te lo exijo, exclamó vivamente alarmada la marquesa.

Ésta habia ocultado á sus hijos todos los acontecimientos ocurridos en aquellos días; de modo que tanto Cristina como Clodomiro ignoraban que Adalberto fuese su abuelo; que Tránsito habitaba con ellos, y que Ildemaro fuese hijo del conde de Olivo y hermano suyo.

La marquesa, dejándoles en su error, se contentó con exigir una promesa vaga que nada significaba en el aturdido y fatuo Clodomiro.

—Si lo exiges, le dejaré; pero no respondo si la efervescencia de mi sangre podrá callar en mi presencia; él ha sido la causa de que mi hermana Tránsito, el pobre ángel que consolaba todas nuestras aficciones, haya desaparecido de casa, refugiándose en los brazos de una muger que por sus inmensas riquezas no se halla al alcance de nuestra mano.

—Y apropósito: ¿no sabes que ésta noche dá un baile en su palacio de la colonia?

—Vaya si lo sé; como que voy á ir.

—¡Tú!.... ¿y cómo has adquirido invitacion?

—Un amigo á quien pido dinero algunas veces, me la ha facilitado mediante cierta suma.

—¿Y no podrias adquirir una para mí?

—Dificilillo es; porque el viejo maldito es un usurero que hace pagar las ganas.

—Daria cualquier cosa por asistir á ese baile; hace dias que batallo con esta idea, y hoy te llamé con este objeto, á ver si tú consigues una invitacion para mí.

—Si quieres, iré á ver; pero dame dinero.

—¡Otra calamidad!.... ¡me hallo sin fondos!.... nada basta en esta casa; ya pesan sobre nosotros innumerables y crecidísimos débitos; las rentas están empeñadas; mis alhajas también, y no sé por dónde vamos á salir de este atolladero.

—¡Esa es otra música! exclamó Clodomiro encogiéndose de hombros; no sé cómo tienes humor para pensar en bailes.

—Pienso y lo deseo porque anhele seguir paso á paso la huella de esa negra aborrecida que ha venido á ofuscarnos con el brillo de sus riquezas; ¿lo entiendes? Deseo entrar en su palacio, y cuando la concurrencia sea mayor, arrancarle la máscara, á fin de que todo el mundo sepa que se oculta porque tiene la tez tan negra como el azabache, y entonces me gozaré viendo su confusion y su vergüenza, y viendo trocarse la admiracion en risa y menosprecio.

—¿Sabes que es peregrino lo que dices? ¡Conque Blanca la Estranjera es una hija de esa raza de esclavos!....

—Justamente: yo la he visto por mis propios ojos; es negra.

—¡Quién lo habia de decir!.... cualquiera se la imagina un ángel, un sér celestial.....

—Quién sabe si será un demonio que, bajo el manto de la caridad, encubra sus pérfidos manejos.

—¡Sabe que tu idea sería un golpe magnífico!.... arrancarle el antifaz delante de una sociedad que la juzga una diosa, sería derribar de su pedestal ese ídolo que ha sabido elevarse tan alto.

—Pues mira, lo intentaré; mas para conseguirlo necesito ante todo invitacion; si no tienes dinero, toma mi reloj, mis joyas, las únicas que me quedan; corre, vuela, no te detengas ni un minuto, porque el tiempo pasa y mi agitacion se acrecienta.

—Dame, y descuida; lo procuraré por cuantos medios estén á mi alcance. Adios.

Clodomiro, al decir esto, tomó las joyas, y atravesando precipitadamente los salones, se dirigió rápidamente á la calle del Lavapiés.

Sigámosle; que ya tendremos tiempo de volver á encontrar á la marquesa.

Llegó hácia la mitad de la calle, y deteniéndose ante una casa

sucia y de mal aspecto, entró en su estrecho y oscuro portal, subiéndolo á saltos la escalera. Dejó atrás el cuarto principal que habitaban Tragabombas y el viejo usurero D. Judas Cataratas, y subió hasta el segundo.

Una vieja dengosa, cargada de adornos y perifollos, salió á abrir, no cesando de esclamar en cuanto le vió:

—¡Jesús, qué dichal.... ¡tanto bueno por aquí!.... ¡qué felicidad!.... vamos, si hoy la fortuna nos favorece. El marquesito, hija, Atilana, sal; mira que es D. Clodomiro!.... pero ¡qué imbécil soy!.... ni aun le digo que pase; á veces la alegría nos atonta; venga V. y siéntese aquí, en esta butaca estará V. mas á gusto. ¿Y cómo vá? ¿cómo están sus señores padres?.... como iba yo antes diciendo, hoy es dia de fortuna para nosotros; acaba de marcharse un caballero, que, segun tengo entendido, es un príncipe ó un archiduque; ha venido á pretender la mano de Atilana; ¿lo creerá V.?.... pero ¿cómo tan callado?.... Vamos, su silencio me dá pena.....

—Señora, hablaré cuando V. calle; si ha dejado escapar de sus lábios tal torrente de palabras, que era imposible oponerle dique, hasta que, cansada de trabajar, quedase quieta la sin hueso.

Doña Irene, pues ella habia sido la afortunada portera, tenia por costumbre hablar mucho, y tan mal, tan sin ilacion ni sentido, que habian dado en llamarla sus amigos, unos doña Carraca, y otros la taravilla descompuesta.

Ella no aguardaba nunca á que la contestasen; seguia, charla que te charla, sin reparar siquiera en el asombro que experimentaba el que por primera vez la oia.

Así, que apenas Clodomiro pronunció unas cuantas palabras, ella prosiguió:

—Pues como iba diciendo á V.: ese caballero pretende casarse con mi Atilana; pero á la muy loca se le antoja despreciarle, cuando se le presentarán pocos partidos tan buenos. ¡Habrás visto semejante picardía!.... ¡yo no sé qué se le ha metido en la cabeza!.... algunos amores de novela sin duda, porque ahora le ha dado por hacer la romántica; se encierra en su cuarto y allí pasa las horas

muertas, llorando á veces como una Magdalena. Este momento quizá le ocupe en tan peregrina tarea. — Pero, muger, ¿quieres salir? dijo doña Irene gritando como una energúmena; ¡si acabarás por volverme loca! está aquí el marquesito, D. Clodomiro, que se digna favorecernos con su visita. Vamos, perdóneme V., voy á sacarla de un brazo.

Doña Irene, uniendo el dicho al hecho, se levantó y fué al gabinete, sin que le detuvieran las súplicas del jóven, que la rogaba no se moviese.

A poco salió Atilana, seguida de su madre; cabizbaja, con el cabello tendido y los ojos bajos, fué á sentarse en una butaca.

— ¡Vea V. qué necia! como si el señor marqués no fuera de confianza!.... dice que no salía porque estaba sin arreglar.

— Dispense V., Clodomiro; ¡mamá tiene unas cosas!.... murmuró confusa la niña, bajando los ojos con modestia.

— Y tiene razon; puesto que me honran con el título de amigo, ¿á qué tratarme de cumplido? y que además, V. está encantadora con el cabello tendido y en ese delicioso negligé.

— ¡Es V. muy amable!....

— Ya lo creo, y una buena prueba es que aplauda tus impertinencias, dijo doña Irene. ¡Ah! perdone, V. señor marqués; voy á la cocina; pues la muchacha ha salido á la compra y se estará pegando el guisado; en seguida vuelvo.

La vieja salió haciendo un gesto á su hija, que significaba, á no dudarlo, la intimacion para que procurase conquistar el amor del primogénito de Blancarosa.

— ¡Por fin, Atilana, estamos solos un momento! Anoche ofrecí á V. venir á que ponga V. término á mi amoroso anhelo; ¡ah!.... ¿seré tan dichoso, que consiga su amor?.... su mamá me ha indicado las pretensiones de un nuevo galan que aspira á su mano; ¿es cierto?

— Dispéñeme V. si no le contesto; á veces cuando el rubor sube á las mejillas, huyen las frases de los lábios y solo sabe sentir el corazón.

—Y bien, déjeme V. adivinar lo que siente; y entonces no importa su silencio.

—Bien: advínelo V., murmuró á través de sus pestañas una dulce mirada.

—Yo comprendo que sentirá como el mio: una pasión pura, inestinguible..... un delirio insensato, un amor sin límites..... ¿no es verdad?

—Sí, señor; me siento abrasar por la ardiente llama de un fuego devorador.

—¿Y esa llama arde por mí?....

Atilana callaba; una sonrisa bullia en sus labios y de sus ojos medio cerrados seguía filtrándose á través de las pestañas una mirada seductora.

—¡Otra vez el silencio!... ¡Calme V. mi ansiedad!... por compasión; deje pronunciar á sus labios de coral una sola frase; ¡desletras no más!.... y serán para mi alma de una melodía infinita..... un sí de su boca será el encanto de mis sentidos, será la dicha de mi vida, será la inefable realización de mis ilusiones.

Doña Irene estaba detrás de la colgadura que cubría la entrada al gabinete, escuchando con viva alegría la amorosa declaración del marquesito. Su impaciencia se conocía por la viva agitación de sus labios y por el continuo oscilar de su robusto pecho.

—¡La necia! exclamaba entre dientes; ya podía haber pronunciado el sí, y la segunda parte de la oración que estuvo estudiando anoche.

Clodomiro siguió diciendo con suplicante tono:

—Vamos, ¡sáqueme V. de penas!.... ¿quiere V. que se lo pida de rodillas?....

—No, señor; no llevo la exigencia hasta ese punto.

—Entonces, dígame francamente: ¿me ama V.? ¿son por mí esas lágrimas que derrama en la soledad de su cuarto? ¿Mereceré que corresponda á mi cariño?

—No sé cómo contestar; empezaré declarando que mi corazón le pertenece.....

—¡Oh! ¡gracias! ¡es lo único que deseaba saber! exclamó Clodomiro interrumpiéndola en un acceso de alegría.

—Sí; pero no puedo corresponder á su amor sin el consentimiento de mi mamá; lo primero, porque una señorita bien educada no puede hacer otra cosa, y lo segundo porque de este modo conseguiré desterrar de su ánimo la manía en que ha dado de quererme casar con un príncipe á quien aborrezco con toda mi alma.

—Gracias á Dios que se esplicó, murmuró doña Irene entre las cortinas.

—Esto me huele á casamiento, y maldita la gracia que me hace, murmuró para sus adentros Clodomiro.

Luego, alzando la voz, repuso:

—¿Y qué falta hace para amarnos la sancion materna?

—Es lo principal; ¡ay! sin que V. se lo diga á mamá, no me atreveré ni á mirarle siquiera.

—Corriente, se lo diré; no vaya á ser causa de enojo una cosa tan sencilla; pero primero es preciso que V. la confiese nuestro amor, y yo mañana vendré á poner el sello á su confesion, rogándola nos autorice para amarnos.

—¿Y se marcha V. tan pronto?

—¡Ay! lo siento; pero embebido en nuestro amor, he olvidado un encargo urgente de mi mamá; voy á ver si puedo conseguir una invitacion para el baile que Blanca la Estranjera dá esta noche en la colonia de Santa Clara.

—Nosotros le hemos pedido al conde del Olivo, que es un antiguo pariente de papá, que nos facilite algunas, y nos ha mandado cuatro; solo necesitamos dos: podemos ofrecerle las otras.

—Las acepto con mil amores.

—Entonces ya no tiene prisa, y tendremos el gusto de que nos acompañe otro ratito.

—Es una felicidad para mí el complacerla, dijo volviéndose á sentar.

Doña Irene salió, y haciéndose la conversacion general, hablaron de todo, menos de lo que á ellas les interesaba y que él pro-

curó evitar, porque si bien le gustaban los amores de la niña, hastiábanle las insulseces de la madre, y sobre todo tenia un ódio profundo al matrimonio.

Empero, la vieja Carraca, que andaba á caza de un marido marqués para su hija, no encontró muy placentero que eludiese la conversacion; sin embargo, tuvo que resignarse á esperar el dia siguiente prometido por Clodomiro, y que debia llegar despues de una noche de baile, de universal regocijo, que formaria época en los anales del buen tono.



CAPITULO IV.



Nuevo préstamo.

QUEDÓ entregada á sus reflexiones la marquesa de Blancarosa, despues que salió su hijo.

Comprendia en su porvenir una cosa muy terrible; veia hundirse poco á poco el edificio de su fortuna, veia amenguarse el esplendor de su casa, turbarse la paz de su matrimonio, y desvanecerse como el humo sus planes de felicidad y de venganza.

En Maravillas tenia un poderoso auxiliar y le habia faltado por el inesperado descubrimiento de su parentesco; quedaba pues sola, sin un amigo, sin un confidente, porque los favores que demandaba eran de tal naturaleza, que necesitaba pagarlos muy caros, y se encontraba, por desgracia, desprovista de recursos.

Luego veíase perseguida con incansable tenacidad por aquella sombría figura de la condesa de Paraná, que no solo desbarataba todos sus planes, sino que leia hasta lo íntimo de sus pensamientos, descubriendo los ocultos arcanos de su alma, é impidiéndola llevar á cabo sus infernales proyectos.

Recordaba con profundo terror las escenas que tuvieron lugar en el palacio de Blanca, pensando, no sin estremecerse, en los personajes que allí aparecieron hiriéndola todos profundamente y cada cual en diferente fibra de su alma.

—¡Oh! esclamaba con despecho; aunque hubiera estado todo aquello preparado para confundirme, no podía ser otra cosa. Allí mis padres se presentaban arrojando sobre mi frente la falta de mi juventud; el conde del Olivo y mi hijo personificaban el grito de mi conciencia, mi falaz estravío; hasta mi hermana Rita se encontró para echarme en cara mis relaciones con su marido. ¡Ah! ¡es preciso que fuera una combinacion diabólica!.... Mas ahora que pienso en ello: tambien estaba allí ese Tragabombas.... ó Tadeo Rompelanzas, como le quieran llamar!.... ¿qué objeto le llevaria al palacio?... sin duda á delatar á D. Severo, porque posee todos sus secretos..... Ese hombre es el que á mí me hace falta.

La marquesa, sintiendo bullir en su mente estrañas ideas, se levantó del divan, y agitando con mano convulsa una campanilla, dijo á la doncella que se presentó:

—Que venga Cristóbal.

Instantes despues entraba éste en el gabinete.

—¿Ha llamado V. E.? dijo con mas timidez que respeto.

—Sí; escucha.

El criado se aproximó.

—¿No has podido por fin convencer á Tragabombas para que venga á verme? le preguntó.

—No, señora; se ha encerrado en sus trece, y no hay fuerzas humanas que le traigan á esta casa.

—¿Entonces me será necesario ir yo á verle?

—Si la señora se empeña en hablarle, no tiene otro remedio.

—¿Y dónde vive?

—Allá en Lavapiés.

—¿Vive solo? ¿sabes si estará en este momento en su casa?

—Quizá le encuentre V. E.; en cuanto á vivir solo ú acompañado, no lo sé; sin embargo, él me dijo que no tuviera V. E. cuidado en ir á su casa, pues nadie la veria.

La marquesa permaneció unos instantes pensativa, luego alzando la cabeza dijo:

—Búscame un coche de alquiler y prepárate á acompañarme.

El criado salió y antes de cerrar la puerta, escuchó la voz de la marquesa, que le decia:

—Dí á Martinica que venga.

Media hora despues, vestida sencillamente y con un espeso velo que la cubria el rostro, se dirigió á casa de Tragabombas.

Clodomiro estaba en aquel momento requebrando de amores á la hija de doña Irene, muy ageno en verdad de pensar que su madre se encontraba tan cerca de él.

Atilana le dió las dos invitaciones que le habia ofrecido, con lo cual se evitaba empeñar las joyas de la marquesa; pero no lo hizo así; necesitaba dinero, y la ocasion era magnífica para proporcionárselo.

Con esta idea se despidió de sus amigas, y al bajar, entró en el cuarto principal, habitado, segun saben nuestros lectores, por Tragabombas y su tío D. Judas Cataratas.

Acababa de presentarse la marquesa, y como le anunciáran que D. Tadeo no tardaria en llegar, se decidió á esperarle, sentándose en un extremo del gabinete, donde la sombra del balcon impedia que á primera vista se reparase en ella; además, nadie la hubiera conocido por su modesto trage y el espeso velo que ocultaba sus facciones.

En aquel gabinete habia una gran mesa que servia de despacho al prestamista; pues D. Judas, aunque los fondos eran todos de Tragabombas, desempeñaba este papel.

Varios armarios con ropas y alhajas rodeaban las paredes, demostrando la abundancia de género que encerraban, un gran movimiento en su usurativo comercio.

Don Judas, envuelto en una raída bata, con una gorra de paño, cuya visera le cubria casi los ojos y unas gafas verdes, estaba sentado delante de la mesa en un sillón de baqueta.

Aunque ya nuestros lectores han tenido ocasion de conocer á es-

te personaje la noche del juego, nos permitirán, para la mejor inteligencia, que digamos dos palabras acerca de su historia.

En su juventud era una persona muy distinguida, de buena familia, perfectamente relacionado en la corte y con esperanzas de un porvenir lisonjero.

Empezó por servir al gobierno, alcanzando un buen destino en Madrid, donde se casó; á poco tiempo, fué trasladado á Búrgos; allí vivió algunos años disfrutando tranquilo las caricias de su muger y de sus hijos; hasta que por su mala suerte se enamoró de una jovencita tan maestra, á pesar de su poca edad, en el arte de la coquetería, que bien pronto logró enloquecerle, en términos, que sin atender á su familia, á su fortuna ni á sus deberes, escapó con ella de Búrgos, robándola del hogar paterno.

Vinieron á Madrid, donde terribles desengaños le hicieron conocer que aquella muger no era capaz de apreciar sus sacrificios ni el delirante amor que le arrastraba por el camino del crimen. Entonces, cuando loco de desesperacion y de dolor, quiso volver al seno de su familia, cuando arrepentido, sin porvenir y sin fortuna, buscó un refugio en los brazos de sus hijos, encontró que estos le rechazaron con horror, llamándole asesino de su madre; porque efectivamente la infeliz señora, no pudiendo soportar el cruel abandono de su marido, sucumbió á impulso de ruda pena.

Esta aventura y sus fatales consecuencias se divulgaron con presteza, y D. Judas no solo perdió sus esperanzas, su porvenir y su fortuna, sino tambien su reputacion. Los amigos que le protegian, se negaron á recibirle, y los padres de su esposa, haciéndose cargo de sus hijos, le negaron para siempre la entrada en su casa.

¡Dios sabe los trabajos que el infeliz pasaria para ganarse el miserable sustento!... ¡Cuántas privaciones!... ¡cuántas amarguras!... ¡Qué cúmulo de males acarreó sobre su cabeza aquella indigna criatura, apartándole con sus coqueterías de la senda del deber!....

Tal llegó á ser su precaria suerte, que tuvo necesidad de apelar á la servidumbre para no morir de hambre. Tragabombas, que habiendo hecho un gran capital, no tenia la suficiente inteligencia para manejarle, le tomó á su servicio, empleándole en el negocio

de los préstamos y en la casa de juego, haciéndole pasar por tío suyo para inspirar mas confianza á los que le favorecian.

Cuando la marquesa entró en la habitacion, se contentó con alzar la cabeza, y sin apartar la vista del libro en que hacía sus apuntaciones, la dijo:

—Si la es á V. indispensable hablar á D. Tadeo, puede V. tomar asiento, que no tardará en venir.

La marquesa, sin descubrirse ni contestar una palabra, se sentó.

Al cabo de algunos minutos, la criada anunció á un caballero que deseaba ver á D. Judas.

—Que pase, contestó éste.

Clodomiro entró con la mayor franqueza, tarareando un aria y quitándose los guantes que habia tenido puestos en casa de la viuda. Sin reparar en la marquesa, se acercó á D. Judas despues de haberle saludado con una ligera cortesía, y le dijo:

—Señor D. Judas: héme aquí otra vez, que vengo á descargarle un poco los cajones de esa vetusta mesa.

—¡Hola.... D. Clodomiro! ¡Usted siempre con apuros!... ¿eh?... Vamos á ver qué le ocurre.

—¡Una friolera! necesito doscientos duros.

—¡Enorme cantidad para mi pobre gaveta! exclamó frunciendo las cejas D. Judas.

—Vamos, viejo marrullero: no venga V. haciéndose el humilde: ya sabemos que aunque aparentando pobreza y viviendo en esta sucia casa y en este desmantelado cuarto, es V. uno de los primeros prestamistas de Madrid.

—Ya lo creo; pero será por antigüedad; no por dinero.

—En fin, sea lo que quiera; en este momento mi único deseo es adquirir esa cantidad; no pasar el tiempo en inútiles disertaciones.

—Y bien, V. ya sabe las condiciones con que esta casa hace sus adelantos.

—Conociéndolas, he traído estas alhajas; vea V. si valen triple de lo que pido, dijo el jóven poniendo sobre la mesa el reloj, la cadena y las pulseras que la marquesa le habia dado.

Don Judas aseguró bien los anteojos sobre su nariz y se puso á examinarlas detenidamente.

En aquel momento Clodomiro volvió la cabeza y examinó todos los ángulos de la habitacion; al ver á la marquesa, pareció un poco sorprendido, sin embargo de que no la reconoció porque ésta se ocultaba cuidadosamente entre los espesos pliegues de su velo de encaje.

—¡Hola! ¿tenia V. visita?... creí que estábamos solos, dijo volviéndose hácia D. Judas, que sin hablar palabra, guardó las joyas, sacó de un cajon doscientos duros en oro, y entregándoselos, exclamó:

—Cuéntelos V., mientras estiendo la papeleta.

—Cabales estarán; vengan; nunca me he ocupado en contar una peseta, dijo el jóven guardándoselos sin mirarlos siquiera.

—¡Oh! permítame V. que le advierta cuan perjudicial es ese sistema, que encamina mas de cuatro veces á las familias á una ruina inevitable.

—Podrá ser; mas yo tengo que seguir la marcha que me han enseñado, dijo tomando el sombrero y dirigiéndose á la puerta.

—¡Vaya V. con Dios!.... divertirse.

—¡Gracias!.... Cuidado, señor marrullero, con las tapadas.

El viejo sonrió maliciosamente; pero dándose toda la importancia de un hombre de dinero, no se movió de su asiento.

Apenas salió Clodomiro, dijo la marquesa:

—Parece que el primogénito de Blancarosa es antiguo amigo de su establecimiento.

—Sí, señora; algun tiempo hace que le adelanto algunas cantidades.

—¡Es un calavera!

—Eso sí; y tan disipador, que dá lástima! Esa casa me parece que se hunde; pues lo mismo él, que sus padres, tienen mas deudas que bienes!....

La marquesa sintió un estremecimiento nervioso: recordó que á Diminuto le habia mandado varias veces á tomar dinero por su